



# tinieblas

alyson noël

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Shadowland*

Diseño de la cubierta: Angela Goddard

Adaptación del diseño de la cubierta: Random House Mondadori / Judith Sendra

Primera edición: mayo de 2011

© 2009, Alyson Noël

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Concepción Rodríguez González, por la traducción

Ilustración de la cubierta: Herman Estevez / Zen Shui Photography / Veer

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8441-711-8

Depósito legal: NA-952-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A

Impreso y encuadernado en Rodesa

Pol. Ind. San Miguel

Parcela E-7 y E-8

31132 Villatuerta

GT 1 7 1 1 8

*En memoria de Blake Snyder, 1957-2009,  
un profesor inspirador, con una generosidad y un entusiasmo  
insuperables, cuya auténtica pasión era ayudar a los demás.  
Que su espíritu viva para siempre en sus libros y en sus enseñanzas.*

El destino no es más que el compendio de los  
actos realizados en una existencia anterior.

RALPH WALDO EMERSON

## Capítulo uno

—**T**odo es energía.  
Los ojos oscuros de Damen me miran fijamente, ins-  
tándome a escuchar... a escuchar de verdad.

—Todo lo que nos rodea... —Alza los brazos para trazar un hori-  
zonte que pronto se volverá negro—. Todo este universo que tan sólido  
nos parece no lo es en absoluto: no es más que energía. Energía pura y  
vibrante. Y aunque puede que nuestra percepción logre convencernos  
de que las cosas son sólidas, líquidas o gaseosas, a un nivel cuántico  
no son más que partículas dentro de otras partículas... Todo es energía.

Aprieto los labios y asiento. Su voz se ve superada por una que  
grita dentro de mi cabeza: «¡Díselo! ¡Díselo ahora mismo! ¡Deja de  
andarte por las ramas y acaba con esto de una vez! ¡Date prisa, antes  
de que comience a hablar de nuevo!».

Pero no lo hago. No digo ni una palabra. Me limito a esperar a  
que él continúe para retrasar el momento un poco más.

—Levanta la mano. —Acerca su mano a la mía con la palma ha-  
cia arriba. Alzo el brazo muy despacio, con mucha cautela, decidida  
a evitar cualquier tipo de contacto físico. En ese momento, Damen  
añade—: Ahora dime, ¿qué ves?

Lo miro con los ojos entrecerrados. Lo cierto es que no sé muy bien qué pretende.

—Bueno, pues veo una piel pálida, unos dedos largos, un par de lunares, unas uñas que necesitan una manicura urgente... —le digo antes de encogerme de hombros.

—Exacto. —Sonríe como si hubiera superado el examen más fácil del mundo—. Pero si pudieras verlo tal y como es en realidad, no verías nada de eso. Solo verías un enjambre de moléculas que contienen protones, electrones, neutrones y quarks. Y dentro de esos diminutos quarks, en el interior del más minúsculo punto, no encontrarías más que energía pura y vibrante moviéndose a un ritmo lo bastante lento como para parecer sólida y densa, y aun así lo bastante rápido para que no pueda verse lo que es en realidad.

Le dirijo una mirada suspicaz. No sé si creer lo que me dice. Me da igual que lleve estudiando esas cosas desde hace siglos.

—En serio, Ever. Nada está aislado. —Se inclina hacia mí, completamente absorto en el tema—. Todo es uno. Los objetos que parecen sólidos, como tú, y yo, y la arena sobre la que estamos sentados, no son más que un compendio de energía que vibra lo bastante despacio como para parecer sólida. Sin embargo, los seres como los fantasmas y los espíritus vibran tan deprisa que a la mayoría de los humanos les resulta imposible verlos.

—Yo veo a Riley —le aseguro, ansiosa por recordarle el tiempo que solía pasar con mi fantasmagórica hermana—. O al menos solía verla, ya sabes, antes de que atravesara el puente y siguiera adelante.

—Y esa es justo la razón por la que ya no puedes verla. —Asiente—. Sus vibraciones son demasiado rápidas. No obstante, hay quienes podrían verla a pesar de eso.

Observo el océano que se extiende ante nosotros, las olas que suben y bajan, una tras otra. Constantes, interminables, inmortales... como nosotros.

—Ahora vuelve a levantar la mano y acércala a la mía de manera que casi se toquen.

Titubeo y lleno mi palma de arena. No quiero hacerlo. A diferencia de él, sé cuál sería el precio, qué consecuencias tendría que nuestras pieles se rozaran. Y esa es la razón por la que evito tocarlo desde el viernes. Sin embargo, cuando lo miro y veo su mano con la palma hacia arriba, aguardando la mía, respiro hondo y levanto la mano también. Dejo escapar una exclamación ahogada cuando acerca tanto su palma a la mía que el espacio que las separa es apenas el de una hoja de afeitar.

—¿Sientes eso? —Sonríe—. ¿Sientes ese hormigueo y esa calidez? Es la conexión de nuestra energía. —Mueve la mano hacia delante y hacia atrás para manipular el campo energético de fuerza que hay entre nosotros.

—Pero si todos estuviéramos conectados, tal y como tú dices, ¿por qué no sentimos todos lo mismo? —pregunto en un susurro, atraída por el innegable magnetismo que nos une y que me provoca una maravillosa oleada de calor por todo el cuerpo.

—Todos estamos conectados, todos hemos sido creados a partir de la misma fuente de energía. Sin embargo, aunque ciertos tipos de energía pueden dejarte fría y otros indiferente, aquella a la que estás destinada te provoca... esto.

Cierro los ojos y me doy media vuelta para dejar que las lágrimas se derramen por mis mejillas. No puedo seguir conteniéndolas... Porque sé que ya no podré disfrutar del contacto de su piel ni de sus

labios, ni del sólido y cálido consuelo que me proporciona sentir su cuerpo contra el mío. Este campo de energía eléctrica que vibra entre nosotros es lo más cerca de tocarlo que podré llegar, y todo por la horrible decisión que tomé.

—Hoy en día los científicos empiezan a entender lo que los metafísicos y los grandes maestros espirituales saben desde hace siglos. Todo es energía. Todo es uno.

Puedo percibir la sonrisa en su voz cuando se acerca a mí, impaciente por enlazar sus dedos con los míos. Me aparto con rapidez, pero me da tiempo a atisbar la expresión herida que aparece en su cara: esa misma expresión que no ha dejado de aparecer en su rostro desde que lo obligué a beber el antídoto que le devolvió la vida. Se pregunta por qué actúo con tanta calma, por qué permanezco tan distante y remota... por qué me niego a tocarlo cuando hace unas semanas jamás me cansaba de hacerlo. Se equivoca al creer que se debe a su espantoso comportamiento (a su coqueteo con Stacia, a lo cruel que se mostró conmigo), porque lo cierto es que no tiene nada que ver con eso. Damen estaba bajo el hechizo de Roman; todo el instituto lo estaba. No fue culpa suya.

Lo que no sabe es que, si bien el antídoto le devolvió la vida, en el momento en el que añadí mi sangre a la mezcla, nos aseguré un destino en el que jamás podremos estar juntos.

Nunca.

Jamás.

En toda la eternidad.

—¿Ever? —susurra con un tono de voz grave y sincero.

Aun así, soy incapaz de mirarlo. No puedo tocarlo. Y desde luego no puedo pronunciar las palabras que se merece oír: «La he fasti-

diado... y lo siento mucho. Roman me engañó. Estaba desesperada, así que fui lo bastante imbécil como para tragarme sus patrañas... Y ahora ya no hay esperanza, porque si me besas, si intercambiamos nuestro ADN... morirás».

No puedo hacerlo. Soy la peor de las cobardes. Soy patética y débil. Soy incapaz de reunir el coraje necesario para admitir la verdad.

—Ever, por favor, dime qué te pasa... —me ruega, alarmado al ver mis lágrimas—. Llevas así varios días. ¿Es por mi culpa? ¿Es por algo que haya hecho? Porque ya sabes que apenas me acuerdo de lo que ocurrió. Los recuerdos están empezando a aflorar, pero tienes que comprender que no estaba en mis cabales. Yo jamás te habría hecho daño de manera intencionada, jamás te habría herido de ninguna forma.

Me rodeo la cintura con los brazos y aprieto con fuerza antes de encoger los hombros y agachar la cabeza. Desearía poder volverme diminuta, tan pequeña que Damen ya no pudiera verme. Sé que lo que ha dicho es cierto, que es incapaz de hacerme daño. Solo yo podría hacer algo tan funesto, tan apresurado, tan ridículamente impulsivo. Solo yo podría ser tan estúpida como para morder el anzuelo de Roman. Estaba demasiado ansiosa por demostrar que era el verdadero amor de Damen (demasiado impaciente por confirmar que era la única que podía salvarlo)... y menuda la he liado.

Se aproxima y desliza un brazo alrededor de mi cintura antes de tirar de mí para estrecharme. Pero no puedo arriesgarme a tanta proximidad. Mis lágrimas ahora son letales, así que debo mantenerlas alejadas de su piel.

Me pongo en pie con dificultad y corro hacia el mar. Entierro los dedos de los pies en la arena de la orilla y permito que la gélida es-

puma blanca de las olas me salpique las piernas. Desearía poder sumergirme en su inmensidad y dejar que me arrastrara la marea. Haría cualquier cosa que me impidiera pronunciar las palabras, cualquier cosa que me evitara el mal trago de decirle a mi único y verdadero amor, a mi alma gemela durante los últimos cuatrocientos años, que si bien él me ha otorgado el don de la inmortalidad... yo he conseguido ponernos punto y final.

Me quedo así, inmóvil y en silencio. Espero a que el sol se esconda antes de girarme finalmente para mirarlo. Observo su oscura silueta, apenas invisible en la noche, y hablo a pesar del nudo que me atenaza la garganta.

—Damen... —murmuro—. Damen, cariño... tengo que decirte algo.

## *Capítulo dos*

**M**e acucillo ante él con las manos sobre las rodillas y los dedos de los pies enterrados en la arena, deseando que me mire, deseando que diga algo. Aunque solo sea lo que ya sé: que he cometido un estúpido y grave error, uno que muy probablemente no tenga solución. Aceptaría eso sin rechistar... qué demonios, me lo merezco. Lo que no puedo soportar es este silencio y su mirada distante.

Justo cuando estoy a punto de decir algo, lo que sea, para salir de esta insoportable situación, él me mira con una expresión derrotada que soporta el peso de sus seiscientos años y comienza a hablar.

—Roman... —Suspira y sacude la cabeza—. No lo reconocí, no tenía ni idea... —Su voz se apaga, al igual que su mirada.

—Era imposible que lo supieras —afirmo, impaciente por borrar cualquier tipo de culpabilidad que pueda sentir—. Caíste bajo su hechizo el primer día. Créeme, lo tenía todo planeado, y se aseguró de borrar todos los recuerdos.

Estudia mi rostro con atención antes de ponerse en pie y darme la espalda. Contempla el océano con los puños cerrados.

—¿Te hizo daño? —pregunta—. ¿Te acosó o te hirió de alguna manera?

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—No le hizo falta. Le bastó con herirme a través de ti.

Damen se da la vuelta. Sus ojos se vuelven cada vez más oscuros, y sus rasgos, más duros. Toma una honda bocanada de aire antes de decir:

—Esto es culpa mía.

Eso me deja atónita. No logro entender cómo es posible que se considere culpable después de lo que le he contado. Me pongo en pie y me sitúo junto a él antes de gritar:

—¡No seas ridículo! ¡Desde luego que no es culpa tuya! ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —Sacudo la cabeza con incredulidad—. Roman envenenó tu elixir y te hipnotizó. No tienes culpa de nada, te limitaste a seguir sus órdenes... ¡No tenías ningún tipo de control!

Sin embargo, apenas he terminado de hablar cuando él empieza a rechazar mis palabras con un gesto de la mano.

—¿No te das cuenta, Ever? Lo que ha sucedido no tiene nada que ver con Roman, ni contigo. Es cosa del karma. Es el castigo por seis siglos de vida egoísta.

Mueve la cabeza de lado a lado y se echa a reír, aunque no se trata de ese tipo de risa al que alguien desearía unirse. Es de otro tipo... de esa clase de risa que te produce escalofríos.

—Tenía la certeza de que el castigo por la forma en que había vivido era amarte y perderte durante tantos años —prosigue—, no tenía ni la menor idea de que habías muerto a manos de Drina. Sin embargo, ahora veo la verdad que he pasado por alto durante tanto tiempo. Creí que había conseguido eludir mi destino al convertirme en inmortal, ya que con eso me había asegurado tenerte siempre a mi

lado, pero ha sido el karma el que ha reído el último: nos permite estar juntos eternamente, pero sin poder tocarnos nunca.

Estiro la mano hacia él, deseando abrazarlo, consolarlo, convencerlo de que eso no es cierto. Pero la retiro a toda prisa al recordar que es la imposibilidad de tocarnos lo que ha generado esta situación.

—Eso no es cierto —le digo, con mis ojos clavados en los suyos—. ¿Por qué iban a castigarte a ti cuando he sido yo quien ha cometido un error? ¿No lo ves? —Niego con la cabeza, frustrada por su particular forma de entender las cosas—. Roman lo planeó todo desde el principio. Amaba a Drina... Apuesto a que tú no sabías eso, ¿me equivoco? Fue uno de los huérfanos a quienes salvaste de la peste en la Florencia renacentista, y la amó durante todos estos siglos. Habría hecho cualquier cosa por ella. Sin embargo, Drina pasaba de él; ella solo te amaba a ti... y tú solo me amabas a mí. Y luego... bueno... después de que yo la matara, Roman decidió vengarse de mí... pero lo hizo a través de ti. Quería que sintiera el dolor que causaría no poder volver a tocarte... ¡Lo mismo que le pasó a él con Drina! Y todo ocurrió tan deprisa que yo... —Me detengo, porque sé que es inútil, que no hago más que gastar saliva. Damen ha dejado de escucharme desde el principio, convencido de que la culpa de todo es suya.

No obstante, me niego a aceptarlo y no pienso permitir que las cosas se queden así.

—¡Damen, por favor! No puedes rendirte. Esto no es cosa del karma... ¡Es cosa mía! Fui yo quien cometió un error... un horrible y espantoso error. Pero ¡eso no significa que no podamos solucionarlo! Tiene que haber una forma de arreglar las cosas.

Me aferro a la más ínfima esperanza y finjo un entusiasmo que en realidad no siento.

Damen está delante de mí, una oscura silueta en la noche. La calidez de su mirada triste es nuestro único abrazo.

—Jamás debería haber empezado... —dice—. Nunca debería haber fabricado el elixir. Tendría que haber dejado que las cosas siguieran su curso natural. En serio, Ever, mira de qué me ha servido... ¡Solo nos ha provocado dolor! —Sacude la cabeza. Tiene una expresión tan abatida, tan contrita, que se me encoge el corazón—. Sin embargo, tú aún estás a tiempo. Tienes toda la vida por delante... Una eternidad que puede convertirse en lo que tú quieras que sea, en la que podrás hacer lo que te venga en gana. Yo, por el contrario... —Se encoge de hombros—. Para mí no hay solución. Creo que ha quedado bien claro qué es lo que he conseguido en seiscientos años.

—¡No! —El temblor de mis labios se ha extendido hasta mis mejillas y se refleja en mi voz—. ¡No te alejarás de nuevo, no volverás a dejarme! El mes pasado pasé un infierno para salvarte, y ahora que estás bien no pienso rendirme. Estamos hechos el uno para el otro, ¡tú mismo lo dijiste! Esto no es más que un contratiempo pasajero, solo eso. Si permanecemos unidos, estoy segura de que conseguiremos encontrar una forma de...

Me detengo. Guardo silencio en cuanto me doy cuenta de que él ya se ha marchado, de que se ha retirado a ese sombrío mundo de arrepentimiento en el que puede culparse de todo. Y sé que ha llegado el momento de contarle el resto de la historia, las partes desagradables y angustiosas que preferiría haberme ahorrado. Puede que al oírlas empiece a ver las cosas de una forma diferente, puede que...

—Hay más —empiezo a decir, aunque no tengo ni la menor idea de cómo expresar lo que tengo en mente—. Así que, antes de que

asumas que el karma se ha vengado de ti o lo que sea, debes saber otra cosa, algo de lo que no me siento muy orgullosa.

Respiro hondo y le hablo de mis escapadas a Summerland, ese reino mágico entre dimensiones del que supe regresar a tiempo, y le explico que, cuando se me presentó la oportunidad de elegir entre mi familia y él, los elegí a ellos. Estaba convencida de que podría restaurar el futuro que creía me habían robado, pero lo único que logré fue recibir una lección que ya sabía: en ocasiones, el destino está fuera de nuestro alcance.

Trago saliva con fuerza y clavo la vista en la arena, incapaz de enfrentar la reacción de Damen. No me atrevo a mirarlo ahora que sabe que lo he traicionado.

Sin embargo, en lugar de enfadarse o molestarse como yo pensaba que haría, me envuelve con el más hermoso halo de luz blanca, una luz reconfortante, compasiva y pura, una luz parecida a la del portal de Summerland... pero mejor. Así que cierro los ojos y lo rodeo también de luz, y cuando los abro de nuevo, ambos estamos arropados por un bellissimo y cálido fulgor.

—No tuviste elección —dice, con un tono de voz suave y tranquilizador, haciendo todo lo posible por aplacar mi sensación de culpabilidad—. Tenías que elegir a tu familia. Era lo correcto. Yo habría hecho lo mismo... si hubiera tenido la oportunidad...

Asiento al tiempo que intensifico la luz que lo rodea y me aferro al abrazo telepático. Sé muy bien que no es tan reconfortante como uno real, pero por el momento tendrá que bastar.

—Lo sé todo sobre tu familia. Sé todo lo que ocurrió... lo vi todo... —Me mira con unos ojos tan oscuros y penetrantes que me veo obligada a continuar—: Siempre te has mostrado muy evasivo

con respecto a tu pasado, al lugar de donde procedías, a tu forma de vida... Así que un día, cuando estaba en Summerland, hice algunas preguntas sobre ti y... bueno... me mostraron la historia de tu vida.

Aprieto los labios y lo observo de reojo mientras él permanece inmóvil y en silencio. Suspiro cuando me mira a los ojos y desliza los dedos sobre mi mejilla telepáticamente, creando una imagen tan deliberada, tan palpable, que casi parece real.

—Lo siento —dice mientras me acaricia la barbilla con el pulgar en la mente—. Siento que tanta reserva y secretismo por mi parte te llevarán a tener que hacer algo así. No obstante, aunque ocurrió hace muchísimo tiempo, sigue siendo algo de lo que preferiría no hablar.

Asiento de nuevo. No tengo ninguna intención de presionarlo. No quiero que vuelva a recordar que presencié el asesinato de sus padres, ni los años de abusos que sufrió después de eso a manos de la iglesia.

—Pero hay algo más —afirmo. Espero poder despertar un pequeño rayo de esperanza en él contándole otra de las cosas que descubrí—. En esa especie de película sobre tu vida que me mostraron, Roman te mataba al final. Y aunque eso parecía destinado a ocurrir, conseguí salvarte. —Lo observo y veo que eso no le convence en absoluto, así que me apresuro a continuar antes de perderlo por completo—: Lo que quiero decir es que puede que nuestro destino sea en ocasiones algo fijo e inmutable, pero a veces podemos moldearlo gracias a las decisiones que tomamos. El hecho de que no pudiera salvar a mi familia volviendo atrás en el tiempo dejó claro que ese era un destino que no podía ser cambiado. O como Riley me dijo instantes antes del accidente que acabó con sus vidas: «No puedes cambiar el pasado. Lo hecho hecho está». Pero lue-

go regresé aquí de nuevo, a Laguna, y conseguí salvarte... y eso demuestra que el futuro no es siempre algo concreto, que no todo se rige únicamente por el destino.

—Quizá tengas razón. —Suspira con los ojos clavados en mí—. Pero no puedo escapar del karma, Ever. El karma es lo que es. No juzga, no es algo bueno o malo, como piensa la mayoría de la gente. Es el resultado de todos los actos, tanto los positivos como los negativos... Un equilibrio constante entre los acontecimientos... Una relación causa y efecto, un toma y daca, un «recoges lo que siembras» o «todo lo que sube baja»... —Se encoge de hombros—. Puedes llamarlo como quieras, pero todo significa lo mismo. Y aunque te empeñes en pensar que no es cierto, resulta evidente que eso es lo que me ha ocurrido a mí. Todas las acciones causan una reacción. Y esto es lo que mis acciones me han traído a mí. —Hace un movimiento negativo con la cabeza—. Siempre me he dicho que te convertí por amor... pero ahora me doy cuenta de que en realidad lo hice por un motivo egoísta: porque no podía vivir sin ti. Y esa es la razón de que esté ocurriendo esto.

—¿Y ya está? —le pregunto. No puedo creer que vaya a rendirse con tanta facilidad—. ¿Así es como acaban las cosas? ¿Tan seguro estás de que es el karma lo que te está castigando que ni siquiera te planteas la posibilidad de luchar? ¿Me estás diciendo que, después de hacer lo imposible para poder estar juntos, ahora que se nos presenta un obstáculo no piensas intentar saltar el muro que han levantado en nuestro camino?

—Ever... —Su expresión es tierna, amorosa, compasiva, pero no hace nada por ocultar la derrota que tiñe su voz—. Lo siento, pero hay cosas que...

—Sí, claro... —Muevo la cabeza con incredulidad y bajo la vista al suelo mientras entierro los dedos de los pies en la arena—. El hecho de que seas unos cuantos siglos mayor que yo no significa que siempre tengas la última palabra. Porque si de verdad estamos en esto juntos, si nuestras vidas y nuestros destinos están realmente entrelazados, esto no solo te afecta a ti: también me afecta a mí. Y no puedes alejarte sin más... ¡No puedes dejarme atrás! ¡Tenemos que luchar juntos! Tiene que haber una forma de... —Me quedo callada. Me tiembla todo el cuerpo y tengo la garganta tan oprimida que ya no puedo hablar. Lo único que hago es quedarme de pie delante de él, instándolo en silencio a unirse a mí en una lucha que no tengo claro que podamos ganar.

—No pienso dejarte —dice, con los ojos llenos del anhelo acumulado durante cuatrocientos años—. No puedo dejarte, Ever. Créeme, lo he intentado. Pero al final siempre encuentro una forma de regresar a tu lado. Tú eres lo único que he querido siempre... la única a la que he querido... Pero, Ever...

—Nada de peros —replico con un gesto de rechazo. Desearía poder abrazarlo, tocarlo, apretar mi cuerpo contra el suyo—. Tiene que haber una solución, algún tipo de cura. Y juntos la encontraremos. Sé que lo haremos. Hemos llegado demasiado lejos para permitir que Roman nos separe. Pero no puedo hacer esto sola. No puedo hacerlo sin tu ayuda. Así que, por favor, prométemelo... Prométeme que lo intentarás.

Me observa, y su mirada me fascina. Cierra los ojos y cubre la playa de tulípanes, hasta que la cueva se llena a reventar de satinados pétalos rojos y tallos verdes... hasta que el símbolo del amor eterno cubre cada centímetro cuadrado de arena.

Luego enlaza su brazo con el mío y me conduce de nuevo hasta su coche. Nuestras pieles tan solo están separadas por el cuero flexible y negro de su chaqueta y por el algodón ecológico de mi camiseta. Ambos tejidos bastan para evitar las consecuencias de cualquier intercambio accidental de ADN, pero no consiguen aplacar el hormigueo y el calor que vibran entre nosotros.

## Capítulo tres

—¿Sabes una cosa?  
Miles me mira mientras sube al coche. Sus ojos castaños parecen más grandes que de costumbre, y su agradable rostro aniñado muestra una sonrisa de oreja a oreja.

—No, será mejor que no intentes adivinarlo. Voy a tener que decírtelo, ¡porque jamás podrías imaginar lo que ha ocurrido! ¡No acertarías!

Sonríó y escucho sus pensamientos un instante antes de que los pronuncie en voz alta. Tengo que morderme la lengua para no exclamar: «¡Vas a ir a un campamento de actores en Italia!».

—¡Voy a ir a un campamento de actores en Italia! —exclama mi amigo un segundo después—. No, mejor dicho, en Florencia, Italia. La cuna de Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Rafael...

«Y de nuestro buen amigo Damen Auguste, que de hecho conoció a todos esos artistas», pienso para mis adentros.

—Me enteré de la posibilidad hace unas cuantas semanas, pero hasta anoche no se hizo oficial, ¡y aún no puedo creérmelo! Ocho semanas en Florencia en las que no haré otra cosa que actuar, comer y perseguir a tíos buenos italianos...

Lo miro de reojo mientras abandonamos el camino de entrada de su casa.

—¿Y a Holt le parece bien todo eso?

Miles me observa con atención.

—Bueno, ya sabes lo que se dice: lo que ocurre en Italia se queda en Italia.

Excepto cuando no es así. Mis pensamientos regresan a Drina y a Roman, y me pregunto cuántos inmortales renegados más habrá sueltos por ahí, esperando el momento apropiado para aparecer en Laguna Beach y aterrorizarme.

—De cualquier forma, me marcharé pronto, en cuanto terminen las clases. ¡Y tengo muchas cosas que preparar hasta entonces! Ay, casi olvido la mejor parte... bueno, una de las mejores partes: resulta que todo ha salido a la perfección, ya que la obra en la que actúo, *Hairspray*, termina una semana antes de que me vaya, así que podré realizar una última reverencia ante el público como Tracy Turnblad... En serio, ¿no te parece perfecto?

—La perfección personificada. —Sonríó—. De verdad. Felicidades. Es genial. Y te lo mereces, debo añadir. Ojalá pudiera ir contigo.

Y en el momento en que las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que lo he dicho en serio. Sería muy agradable poder escapar de todos mis problemas, subirme a un avión y volar lejos de aquí. Además, echo de menos salir por ahí con Miles. Durante las últimas semanas, mientras Haven, él y todos los demás estaban bajo el hechizo de Roman, he vivido algunos de los días más solitarios de mi vida. No tener a Damen a mi lado era más de lo que podía soportar, pero no contar con mis dos mejores amigos estuvo a punto de hundirme en la miseria. Sin embargo, ni Miles ni Haven recuerdan nada

de eso. Solo Damen tiene reminiscencias de ciertos momentos y ocasiones, y lo poco que recuerda hace que se sienta terriblemente culpable.

—A mí también me encantaría que vinieras —responde mientras pulsa los botones del equipo estéreo del coche a fin de encontrar una banda sonora que encaje con su buen humor—. ¡Podríamos ir todos a Europa después de la graduación! Podemos sacar billetes para el InterRail, dormir en hostales para jóvenes, ir de mochileros por ahí... sería genial, ¿no crees? Solo nosotros seis: Damen y tú, Haven y Josh, y quienquiera que sea mi pareja y yo...

—¿Quienquiera que sea tu pareja? —Lo miro un instante—. ¿De qué va todo esto?

—Soy realista. —Se encoge de hombros.

—Vamos, por favor... —Pongo los ojos en blanco—. ¿Desde cuándo?

—Desde anoche, cuando me enteré de que me voy a Italia. —Se echa a reír y se pasa una mano por el cortísimo pelo castaño—. Escucha, Holt es genial y todo eso, no me entiendas mal. Pero no me engaño a mí mismo. No me hago ilusiones y sé que lo nuestro es lo que es. Es como si siempre hubiéramos tenido una fecha de caducidad, ¿sabes? Una obra completa de tres actos con un comienzo, un nudo y un desenlace definidos. No es como lo que tenéis Damen y tú. Vosotros estáis condenados a cadena perpetua.

—¿Cadena perpetua? —Lo observo de soslayo y sacudo la cabeza antes de detenerme frente a un semáforo en rojo—. Eso suena mucho más a una condena que a un «felices para siempre».

—Ya sabes lo que quiero decir. —Inspecciona sus manos y las vuelve para observar sus uñas, pintadas de rosa fucsia para el perso-

naje de Tracy Turnblad—. Vosotros estáis sintonizados el uno con el otro, conectados. Y hablo de manera literal, porque da la impresión de que no podéis quitaros las manos de encima...

Ya no.

Trago saliva con fuerza, aprieto el acelerador en el momento en que el semáforo se pone en verde y atravieso el cruce con un chirrido de ruedas que deja un rastro de goma negra sobre el asfalto. Me niego a aminorar la velocidad hasta que entro en la zona de estacionamiento y empiezo a buscar el coche de Damen, que siempre está aparcado en el segundo mejor lugar, junto al mío.

No obstante, incluso antes de pisar el freno sé que no se encuentra allí. A punto de salir del coche, me pregunto dónde podría estar cuando Damen aparece justo a mi lado y apoya una mano enguantada sobre mi puerta.

—¿Dónde está tu coche? —pregunta Miles, que le observa mientras cierra la puerta y se coloca la mochila al hombro—. ¿Y qué te ha pasado en la mano?

—Ha desaparecido —dice Damen sin apartar la vista de mí. Luego mira a Miles y, al ver su expresión, añade—: Me refiero al coche, no a la mano.

—¿Lo has vendido? —pregunto, pero solo por disimular delante de Miles. Damen no necesita comprar, vender o intercambiar, como le pasa a la gente normal. Puede hacer aparecer cualquier cosa a voluntad.

Hace un movimiento negativo con la cabeza y me conduce hacia la puerta de entrada.

—No, lo dejé en el arcén de la carretera con la llave en el contacto y el motor en marcha —responde con una sonrisa.

—¿Qué?! —grita Miles—. ¿Estás diciendo que has dejado tu deslumbrante BMW M6 Coupé negro... en el arcén?

Damen asiente.

—Pero ¡es un coche de cien mil dólares! —exclama Miles, cuyo rostro empieza a ponerse como un tomate.

—De ciento diez mil. —Damen suelta una carcajada—. No olvides que estaba personalizado y venía con todos los extras.

Miles lo mira fijamente. Los ojos parecen a punto de salirse de las órbitas. No logra comprender que alguien pueda hacer algo así... ni los motivos que tendría para ello.

—Vale, de acuerdo... A ver si lo he entendido bien: te levantaste esta mañana y pensaste «Qué coño, voy a dejar mi coche, ridículamente caro, a un lado de la carretera... DONDE CUALQUIERA PODRÍA LLEVÁRSELO»... ¿Es eso?

Damen hace un gesto de indiferencia con los hombros.

—Algo así.

—Pues, puede que no te hayas dado cuenta —replica Miles, casi hiperventilando—, pero algunos de nosotros no tenemos coche. ¡Algunos de nosotros tenemos padres crueles que nos obligan a depender de la amabilidad de los amigos durante el resto de nuestras vidas!

—Lo siento. —Damen vuelve a encogerse de hombros—. Supongo que no pensé en eso. Aunque, si eso hace que te sientas mejor, te diré que ha sido por una buena causa.

Y cuando me mira, cuando sus ojos se clavan en los míos y me provocan esa familiar oleada de calidez, tengo el horrible presentimiento de que lo de abandonar su coche no ha sido más que el principio.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto mientras nos acercamos a la puerta de la verja, donde nos espera Haven.

—Ha cogido el autobús. —Haven pasea la mirada entre nosotros. El flequillo, que ahora está teñido de azul marino, le cae sobre el rostro—. Hablo en serio. Yo tampoco lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos, pero ha salido de ese enorme autobús amarillo junto con todos los demás novatos, petardos, retrasados y marginados que, a diferencia de él, no tienen más remedio que coger el transporte público. —Sacude la cabeza—. Y me he quedado tan alucinada al verlo que he tenido que parpadear varias veces para asegurarme de que era él. Y, puesto que ni siquiera entonces estaba del todo convencida, he enviado un mensaje a Josh con el móvil para que me lo confirmara. —Sostiene en alto el aparato para que todos lo veamos.

Miro a Damen de reojo preguntándome qué estará tramando, y solo entonces me doy cuenta de que ha sustituido su suéter de cachemir por una sencilla camiseta de algodón, y que sus vaqueros de diseño han sido sustituidos por unos pantalones holgados de marca desconocida. Incluso las botas negras de motero que le han hecho famoso han sido reemplazadas por unas chanclas de goma marrones. Y aunque en realidad no necesita nada de eso para estar tan increíblemente guapo como el día en que nos conocimos... ese nuevo atuendo no va con él.

O al menos, no va con el Damen al que yo estaba acostumbrada.

Lo que quiero decir es que, aunque Damen es inteligente, amable, cariñoso y generoso... también es un chico extravagante y presumido. Una persona preocupada por la ropa, el coche y su imagen en general. Y que nadie intente descubrir su fecha de nacimiento...

porque para ser alguien que escogió ser inmortal, tiene un verdadero complejo con el asunto de la edad.

Y pese a que en condiciones normales me habría importado un comino la ropa que llevase o cómo llegara al instituto, cuando lo miro siento de nuevo ese horrible pinchazo en el estómago... una presión insistente que reclama mi atención. Una innegable advertencia de que esto es solo el principio. Está claro que esta súbita transformación va mucho más allá de un simple cambio altruista, de una reducción de gastos o una repentina preocupación por el medioambiente. Todo esto se debe a lo que ocurrió anoche... está relacionado con el karma. Al parecer, Damen está convencido de que renunciar a sus posesiones más preciadas va a equilibrar las cosas de algún modo.

—¿Entramos? —Sonríe y me coge de la mano en el momento en el que suena el timbre.

Nos alejamos de Miles y de Haven, que sin duda pasarán las tres próximas horas intercambiando mensajes de texto para intentar averiguar qué es lo que le ocurre a Damen.

Mientras caminamos por el pasillo, contemplo la mano enguantada que sujeta la mía.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué has hecho en realidad con tu coche? —pregunto en un susurro.

—Lo que te he dicho. —Se encoge de hombros—. No lo necesitaba. Era un capricho innecesario con el que ya no quiero estar... encaprichado. —Me mira y se echa a reír, pero al ver que no comparto su diversión, sacude la cabeza y dice—: No te lo tomes así. No es para tanto. Cuando me di cuenta de que era algo que no necesitaba, conduje hasta una zona marginal y lo dejé a un lado de la carretera para que alguien lo encontrara.

Aprieto los labios y vuelvo la vista al frente, deseando poder colarme en su mente y ver los pensamientos que me esconde, averiguar de qué va realmente todo esto. Porque, a pesar de la forma en que me mira, a pesar de la indiferencia con la que se ha encogido de hombros, nada de lo que ha dicho tiene el menor sentido.

—Vale, me parece muy bien. Si eso es lo que necesitas hacer, entonces genial, disfrútalo. —Hago un gesto despreocupado, porque aunque sé que no tiene nada de genial, también sé que es mejor no decirlo en voz alta—. ¿Y cómo piensas desplazarte de un lado a otro ahora que no tienes coche? Porque, por si no te habías dado cuenta, vivimos en California, y aquí no puedes ir a ningún sitio sin coche.

Al mirarlo descubro que mi estallido le ha hecho muchísima gracia, y esa no es precisamente la reacción que yo esperaba.

—¿Qué tiene de malo el autobús? Es gratis.

Sacudo la cabeza con la boca abierta de par en par. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—*¿Desde cuándo te preocupan los gastos, señor Consigo Un Millón Apostando En Las Carreras de Caballos y Puedo Manifestar Cualquier Cosa Que Desea?*

Y solo después de preguntarme eso me doy cuenta de que he olvidado proteger mis pensamientos.

—¿Es así como me ves? —Se detiene justo al lado de la puerta del aula, herido por mi comentario—. ¿Como un vago superficial, materialista y narcisista obsesionado con el consumismo?

—¡No! —exclamo al tiempo que le aprieto la mano con la esperanza de convencerlo de que no es así... Lo cierto es que pienso algo parecido, pero no tiene la connotación negativa que él le da. El sen-

tido es «mi novio aprecia las cosas buenas de la vida», y no «mi novio es la versión masculina de Stacia»—. Yo solo... —Bajo la vista. Desearía poder ser la mitad de elocuente que él—. Yo... supongo que lo que pasa es que no lo entiendo. —Me encojo de hombros—. ¿Y a qué viene esto del guante? —Alzo su mano para colocarla en un lugar donde ambos podamos verla.

—¿No es obvio? —Hace un gesto negativo con la cabeza y tira de mí hacia la puerta.

Pero yo me resisto, me niego a dejar que me intimide. Nada es obvio. Ya nada tiene sentido.

Damen se detiene con la mano en el picaporte. Parece bastante herido cuando dice:

—Me pareció una buena solución por el momento. Pero quizá prefieras que me limite a no tocarte y punto... ¿Es eso lo que quieres?

—*¡No! ¡No me refería a eso!*

Elijo la comunicación telepática porque he visto que se acercan algunos compañeros de clase y quiero recordarle lo difícil que me ha resultado evitar cualquier tipo de contacto físico durante los últimos tres días, lo duro que ha sido fingir un resfriado, cuando ambos sabemos que no enfermamos nunca, y utilizar otras ridículas técnicas evasivas que me avergonzaban. Ha sido una tortura, simple y llanamente. Tener un novio asombroso y sexy y no poder tocarlo... es una agonía de la peor clase.

—Sé que no podemos arriesgarnos a que el sudor de nuestras manos se mezcle ni nada por el estilo, pero aun así... ¿no crees que queda un poco... raro? —susurro en cuanto volvemos a quedarnos solos.

—Eso me da igual. —Me mira a los ojos con una expresión abierta y sincera—. Me da igual lo que piensen los demás. Solo me importas tú.

Me oprime los dedos y abre la puerta con su mente. Pasamos junto a Stacia Miller de camino a nuestras mesas, y aunque no he vuelto a verla desde el viernes pasado, cuando se libró del hechizo de Roman, tengo la certeza de que el odio que siente por mí no ha disminuido ni lo más mínimo. Me preparo para no tropezar cuando coloque su mochila delante de mis pies, como hace siempre... pero, según parece, hoy está tan distraída por el cambio de look de Damen que olvida el jueguito. Lo recorre con la mirada lentamente, de la cabeza a los pies y luego a la inversa.

De cualquier forma, que no me haya hecho ni caso no significa que pueda relajarme y dar por hecho que las hostilidades se han acabado. Porque lo cierto es que con Stacia las cosas nunca se acaban. Eso lo ha dejado bien clarito. Sin duda está más cabreada que nunca... lo que convierte este pequeño respiro en la calma que precede a la tormenta.

—Ignórala —susurra Damen, que acerca tanto su mesa a la mía que los bordes casi se superponen.

Y, aunque asiento como si estuviera dispuesta a hacerlo, la verdad es que... no puedo. Me encantaría poder fingir que es invisible... pero no puedo hacerlo. La tengo delante de mí, y me obsesiona por completo. Indago en sus pensamientos con la esperanza de descubrir qué ha ocurrido entre ellos... si es que ha ocurrido algo. Porque, si bien sé que el responsable de todo el coqueteo, los besos y los mimos fue Roman, el caso es que no me quedó más remedio que presenciarlos. Y sé a ciencia cierta que Damen no tenía volun-

tad propia... sin embargo, eso no cambia el hecho de que ocurrió de verdad: mi novio besó a Stacia y recorrió su piel con las manos. Estoy bastante segura de que la cosa no llegó mucho más allá, pero me sentiría muchísimo mejor si consiguiera alguna prueba que respaldara esa teoría.

Sé que es una locura, que es un acto pernicioso y del todo masoquista... pero no pienso detenerme hasta tener los recuerdos de Stacia a mi alcance, hasta revelar el último detalle, por más horrible, doloroso y angustioso que sea.

Estoy a punto de ahondar más, de viajar hasta el núcleo de su cerebro, cuando Damen me da un apretón en la mano y dice:

—Ever, por favor... Deja de torturarte. Ya te he dicho que no hay nada que ver. —Trago saliva, fijo la vista en la parte posterior de la cabeza de Stacia y observo cómo cuchichea con Honor y con Craig. Damen sigue hablando, pero apenas le presto atención—: No ocurrió. No es lo que piensas.

—Creí que no recordabas nada... —comento, pero me abruma la sensación de culpabilidad en el instante en que veo su expresión dolida.

—Confía en mí —insiste con un suspiro—. O al menos intenta hacerlo, por favor. ¿Vale?

Respiro hondo y lo miro. Desearía poder hacerlo, sé que debería hacerlo.

—En serio, Ever. Al principio no soportabas pensar que había salido con otras chicas durante los pasados seiscientos años, ¿y ahora te obsesiona la semana pasada? —Arquea una ceja y se inclina para acercarse. Su voz suena apremiante y seductora cuando añade—: Sé que te sientes herida. Y lo entiendo, de verdad. Pero no

puedo volver atrás, no puedo cambiar las cosas. Roman hizo esto a propósito... No puedes permitir que gane.

Trago saliva con fuerza. Sé que tiene razón. Me estoy comportando de una forma ridícula e irracional, me estoy desviando del camino correcto.

—*Además* —piensa Damen, que se decide por la comunicación telepática ahora que ha llegado nuestro profesor, el señor Robins—. *Sabes que no tiene importancia. A la única a la que he querido es a ti. ¿No te basta con eso?*

Me acaricia la sien con la mano enguantada y me mira a los ojos mientras proyecta en mi mente nuestra historia, mis numerosas encarnaciones: como joven sirvienta en Francia, como la hija de un puritano en Nueva Inglaterra, como una chica de la alta sociedad británica a la que le encantaban las fiestas, como una musa con una gloriosa melena pelirroja...

Me quedo boquiabierta y alucinada, ya que nunca había visto esa última vida.

Damen se limita a sonreír y su expresión se vuelve más cálida mientras me enseña los momentos memorables de esa época. Hace un rápido repaso del día que nos conocimos (en una galería de arte de Amsterdam), y me muestra nuestro primer beso, a las puertas de la galería esa misma noche. Me enseña solo los momentos más románticos y omite mi muerte, que siempre, de forma inevitable, ocurre antes de que podamos llegar a más.

Y después de ver todos esos maravillosos instantes, de contemplar el amor inquebrantable que siente por mí, lo miro a los ojos y respondo a su pregunta en mi mente:

—*Por supuesto que me basta. Siempre me ha bastado contigo.*

Aunque concluyo con tristeza añadiendo:

—*Pero ¿a ti te basta conmigo?*

Admito la auténtica verdad: mi miedo a que se canse de las caricias con guantes, de los abrazos telepáticos, y busque cosas reales en una chica normal con un ADN inofensivo.

Asiente y sujeta mi barbilla con los dedos enguantados para darme un abrazo mental tan cálido, tan reconfortante, que todos mis miedos se desvanecen.

En respuesta a la disculpa que encierra mi mirada, se inclina hacia delante y acerca sus labios a mi oreja para decirme:

—Bien. Pues ahora que eso ha quedado claro, hablemos de Roman...